

La Catedral de Toledo

Museo de Historia

Que la Catedral de Toledo «es un mundo de historia, de arte, de cultura», resulta ya un tópico añoso, reluciente y bruñado, a fuer de mil veces acariciado. Pero es un juicio exacto y difícil de sustituir por otro más cabal.

Esta Catedral Primada, levantada casi *a fundamentis* desde la primera mitad del s. XIII, con la que considerablemente se amplía, renueva y gotiza el anterior recinto, ya harto ruinoso, consagrado en el s. VI, se ha visto enriquecida en las épocas de su larga existencia centenaria con toda suerte de ornatos, alhajas y preseas. Suntuoso templo del Señor, sede arzobispal del Primado de las Españas, panteón real de muchos monarcas, centro y razón de ser de un cabildo de fabulosas posibilidades, lugar de sepultura de familias próceres, Mecenas de generaciones de artistas, cargada de privilegios y donaciones y situada en el centro geográfico y político de la nación, que es regida en muchos momentos de su historia por las manos hábiles de prelados que en ella tenían su cátedra episcopal, no ha tenido por menos de acumular, año a año, la sedimentación allegada por cada período, ni dejar de enriquecerse con testimonios preclaros que ilustran las hazañas de la raza, la vida de grandes personajes y, sobre todo, la fe sentida y encumbrada sobre la historia, el arte y la cultura, que en ella como en ninguna parte se han conjurado para servirle de pedestal y proclamar su triunfo.

Tanto artísticas como históricas, se han publicado sobre la Catedral de Toledo bastantes monografías que procuraremos anotar en la ocasión oportuna. También en estudios y obras de carácter general se encuentra frecuentemente aludida; nadie sin embargo, hasta el presente, ha intentado catalogar de forma sistemática el acervo inmenso de cuanto en ella se encierra. Existen

varias y notables descripciones topográficas, ricas en materiales y datos; mas la misma finalidad propuesta indica que se pretende orientar al visitante, no ordenar históricamente los elementos dispersos (1).

Al prologar nuestra *Guía* (2), expresamente eliminamos tales ordenaciones, dando la preferencia exclusiva al «monumento y su riqueza tal como en él se encuentra», pues lo solicitado y práctico para tal clase de publicaciones estriba en facilitar un itinerario descriptivo, señalando los objetos dignos de observación y contestando a las posibles interrogaciones de quien siga el recorrido trazado.

Realizada aquella tarea, imponíase el estudio histórico del inmenso caudal catedralicio, que intentamos aquí llevar a efecto ordenando cronológicamente los vestigios del pasado: monumentos, inscripciones, sepulcros, reliquias, imágenes, manuscritos, etc., cuya presencia y recuerdo pueda aportar alguna contribución al conocimiento de hechos y de personajes. Es decir, nos serviremos como de fuente histórica de cuanto en el Templo primado se encierra.

Sería inexacto pensar que, siendo la Catedral toledana una construcción iniciada en el s. XIII, sólo a partir de esta fecha se hallarán en ella piezas de interés histórico. Y sería inexacto, porque en el decurso de los siglos, con procedencias diversísimas, han venido a tener acogida en ella y a honrarse mutuamente mil y mil objetos de inestimable valor religioso, histórico, cultural y artístico.

No se proyectan aquí agotadoras investigaciones; en los museos, cada objeto lleva su etiqueta restringida a un número ordenador y un nombre, y como museo queremos estudiar la Catedral. Nos daríamos por contentos si acertáramos a clasificar cada pieza

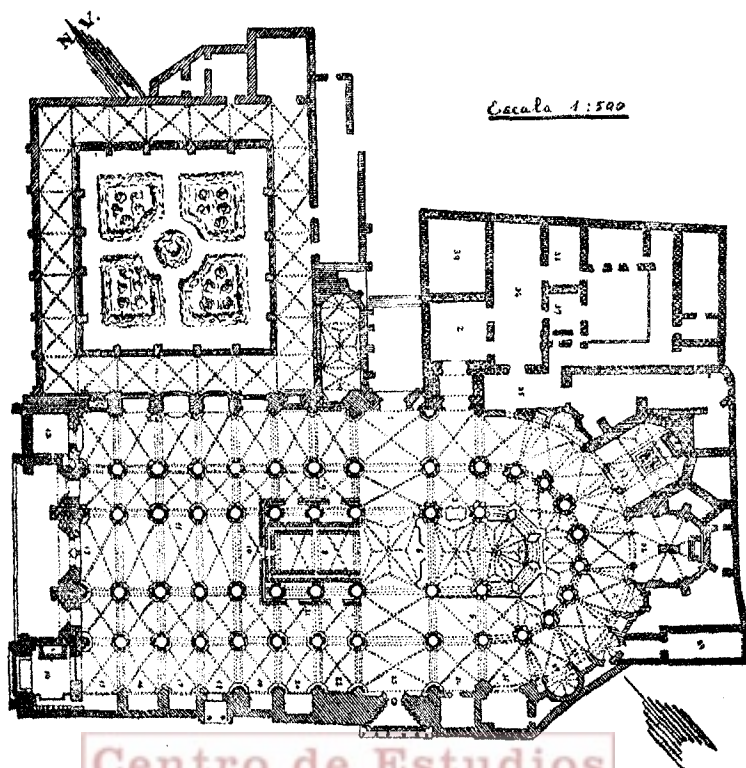
(1) Entre las dignas de estima, citamos las siguientes publicaciones: SIXTO RAMÓN PARRO, *Toledo en la mano o descripción histórico-artística de la magnífica Catedral y de los demás célebres monumentos*, 2 tomos, Toledo, 1857. La meritísima reseña de la Catedral se encuentra en el tomo I, págs. 35-853.—VIZCONDE DE PALAZUELOS (MARQUÉS DE CEDILLO), *Toledo. Guía artístico-práctica*, Toledo, 1890. Edición bilingüe, con texto castellano y francés. La parte dedicada a la Catedral ocupa desde la pág. 33 a la 550.—*Guía de Toledo*, s. a., publicada con ocasión del VII centenario de la Catedral, a cuyo estudio se dedican siete pequeñas monografías, contenidas entre las págs. 1-99.—M. GONZÁLEZ SIMANCAS, *Toledo. Sus Monumentos y el Arte Ornamental*, Madrid, 1929; en ella se trata de la Catedral desde la pág. 30 a la 151.—J. GUDIOL RICART, *La Catedral de Toledo*, Madrid, s. a.

(2) J. F. RIVERA RECIO, *Guía de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1949, pág. V.

con su nombre y en el lugar correspondiente; en muchas ocasiones habremos de resignarnos a anotar atribuciones, tradiciones o leyendas.

En número no exiguo se catalogarán piezas interesantes bajo múltiples aspectos. El sepulcro de Don Alvaro de Luna explicará naturalmente los recuerdos del famoso Condestable, pero también integrará la producción artística del escultor Pablo Ortiz. El reliquario de Santa Lucía nos trae la memoria de la mártir siracusana del s. IV, como también la de su donante, el egregio Cardenal Carrillo de Albornoz (s. XIV).

Para determinar, sin repeticiones, el lugar donde los objetos se encuentran, adjuntamos un gráfico de la planta catedralicia, a cuyos números remitiremos en cada ocasión.



Al final van apéndices documentales, generalmente inéditos,

que consideramos de extraordinario valor para ulteriores trabajos y por la fuerza confirmativa conferida a nuestras indicaciones.

Con tales advertencias previas, trazamos las divisiones siguientes, esqüema de otras tantas secciones:

1. Vestigios de la antigüedad greco-romana.
2. Tiempos visigodos y mozárabes.
3. Desde la reconquista hasta el Arzobispo Jiménez de Rada.
4. Siglos XIII y XIV.
5. Siglo XV.
6. La Catedral durante la dinastía austriaca.
7. La Catedral durante la dinastía borbónica.
8. En nuestro siglo.

Que este amplio Catálogo pueda aportar alguna utilidad a los futuros investigadores, con cuya labor se amplíen y corrijan los datos aquí recogidos. Así vivamente lo deseamos, como también que en todos crezca la admiración por esta «Dives Toletana», el más grandioso monumento de España.

I

Vestigios de la antigüedad greco-romana

Al encontrarnos en el estudio de una suntuosa Catedral, justo es comenzar por los datos que de los orígenes del cristianismo, por ella triunfalmente proclamado, se encuentren en el lugar de su erección.

La historia del Cristianismo va íntimamente relacionada con el grado de romanización de cada localidad. Desde la conquista de Toledo por los romanos el año 193 a. C., cuando *Toletum ibi parva urbs erat sed loco munita* (1), hasta la irrupción de las varias oleadas de bárbaros en el s. V, esta ciudad «caput Carpetaniae» se enriquece con monumentos e instituciones romanas de extraordinario relieve. Las ruinas todavía existentes de aquella primitiva civilización imperial, testimonian la presencia en ella de un recinto amurallado, un colosal acueducto, un circo y un

(1) TITO LIVIO, Década 4, lib. 5, cap. 21. El texto completo es así: «*Ad Tagum amnem ire pergít (M. Fulvius). Toletum ibi parva urbs erat sed loco munita, eam cum oppugnaret Vettonum magnus exercitus, toletanis subsidio venit. Cum his signis collatis prospere pugnavit et fuis Vettonibus operibus Toletum caepit.*»

anfiteatro (2). La importancia comercial y estratégica se pone de relieve por su situación junto a un río caudaloso y en el paso de cinco calzadas que enlazaban con los itinerarios de los distintos puntos de la península. La exquisitez de los mosaicos conservados testimonian la calidad de los personajes residentes en el municipio (3).

Sin embargo, el estado actual de las investigaciones no permite datar tales restos, que creemos pertenecen a las postrimerías del s. III p. C. Una inscripción que los toledanos dedican al Emperador Felipe el árabe (244-249), bien pudiera contener la fecha de la inauguración del acueducto o del circo (4).

En algún momento, pues, del Imperio, Toledo se vió saturada de civilización romana, vehículo del cristianismo a la ciudad.

Si es difícil datar los monumentos imperiales urbanos, resulta mucho más intrincado acertar con los orígenes de la religión católica de esta Sede Primada. La «passio» de Santa Leocadia, mártir toledana del s. IV, como veremos, resalta la «retrasada evangelización» y el predominio casi absoluto del paganismo, todavía en los tiempos de Diocleciano. El contenido de tal documento, de posterior elaboración, está cargado de nombres de mártires españoles, lo que va contra el preámbulo, que sabemos está trasladado de las actas apócrifas de San Saturnino de Tolosa (5).

(2) REY PASTOR, A., *El Circo Romano de Toledo*, Toledo, 1932. - MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS, *Aguas de Toledo*, 1948. - *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, vol. II, Madrid, 1935. *España Romana*.

(3) REY PASTOR, A., *Los mosaicos romanos de la Alberquilla*, en el BOL. DE LA R. ACAD. DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO = BRAT, 1929.

(4) Tal inscripción, descubierta en el 1564 por el Canónigo Alvar Gómez y trasladada al Alcázar por orden de Felipe II, creemos que ha desaparecido. Su texto era como el que sigue: IMP. CAES. M. IVLIO. PHILIPPO. PIO. FEL. AVG. PARTICO. MAX. TRIB. POT. P. P. CONSVLI TOLETANI DEVOTISSIMI NVMINI MAIESTATI QVE EIVS D. D. (*Al Emperador César, Marco Julio Felipe, piadoso, feliz, augusto, pártico, máximo, de tribunicia potestad, padre de la Patria, cónsul, hicieron esta dedicación los toledanos, devotísimos de su Deidad y Majestad*). Conf. FLÓREZ E., *España Sagrada* = E. S., t. V (Madrid, 1853), pág. 162.

(5) El pasaje de la *Passio Sanctae Leocadiae*, a que nos referimos, dice así: «... *evangelica eruditio sensim atque gradatim Apostolorum doctrina in omnem terram refulsisset, sero tandem in Spaniae finibus innovit, eratque rara fides et ideo magna quia rara. Delubra vero gentilium in omni loco sacrilega effusione sanguinum taurorum hircorumque fumabant...*». Conf. ES., t. V, pág. 177, y VI, pág. 320. Sobre el nulo valor histórico del testimonio conf. QUENTIN, H., *Les Martyrologes historiques du moyen áge*, Paris, 1908, pág. 445: «*La Passio Sanctae Leocadiae et la Passio SS. Vincentii, Sabinac et Christetes... ont un prologue semblable, et ce prologue présente des rapports étroits avec celui de la Passio S. Saturnini: ils ont une tendance marquée à faire ressortir l'évangélisation tardive de l'Espagne...*» GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, Madrid, 1929, vol. 1.º, p. 1.ª, páginas 169-170.

A fines del s. XVI, el jesuita toledano P. Jerónimo Román de la Higuera se dedicó a la confección de documentos que hacía pasar por descubiertos en Fulda y originales de autores de los siglos V, VII, IX y XI. Como pasó mucho tiempo hasta que se descubrió la falsedad y el contenido halagaba los deseos de todos, obtuvieron las noticias allí recogidas gran aceptación en los escritos históricos de la época. Según tales fabulosas imposturas, en Toledo habían predicado varios apóstoles, y la antigüedad de la sede estaría íntimamente ligada a sus inmediatos discípulos (6).

La referencia de Elipando, que podría aducirse, peca por excesiva imprecisión y ampulosidad (7).

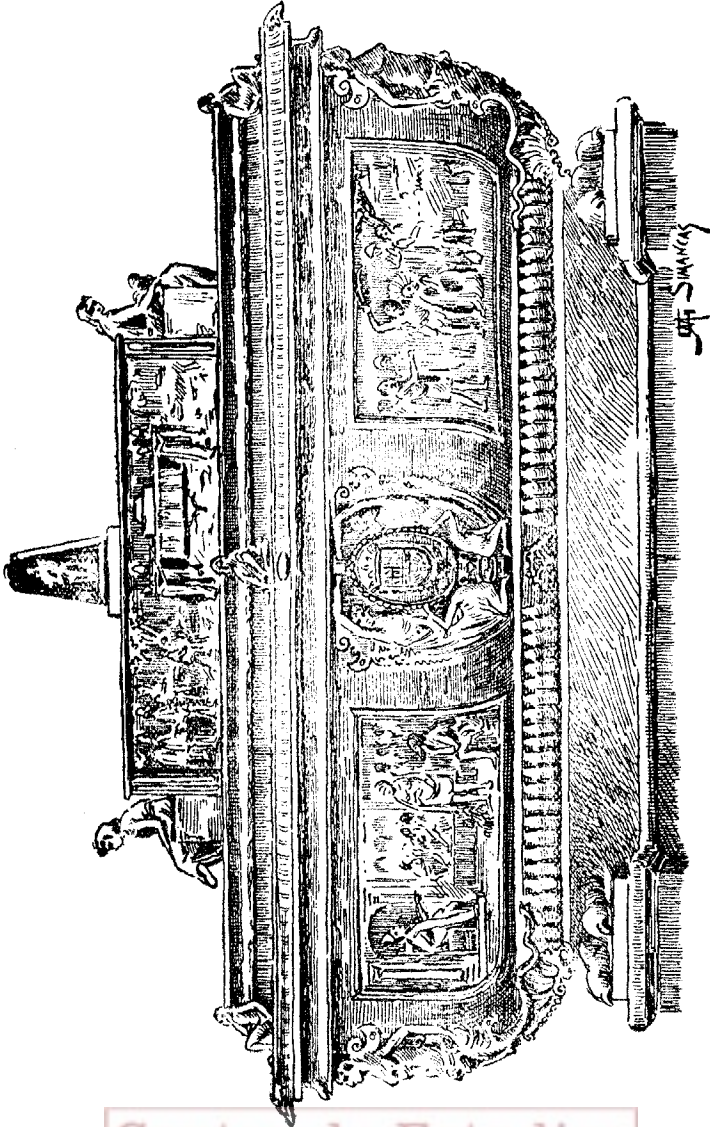
Una creencia, representada por la *Passio Sancti Eugenii*, nos habla del primer Arzobispo de Toledo a fines del s. I de la era cristiana. Tal documento, dependiente de la *Passio Sancti Dionisii* del monje Hilduino en el 837, nos dice que habiendo sido enviado por el Papa San Clemente a predicar el evangelio por el occidente el areopagita San Dionisio, trajo éste consigo varios obispos y clérigos. Llegados a Arlés, San Dionisio dividió entre ellos el campo de apostolado, y mientras enviaba a San Luciano a misionar en Beauvais, a San Marcelo a Bourges, y él se reservaba, en unión de sus colaboradores Rústico y Eleuterio, la misión dificultosa de París, destinó al obispo Eugenio a la evangelización de Toledo.

San Eugenio llega hasta Toledo, donde permanece durante bastante tiempo, logrando la conversión al cristianismo de gran número de paganos. Deseoso de volver a ver a su maestro Dionisio, parte para París, pero poco antes de llegar se entera de que el areopagita ha sido martirizado por el prefecto imperial Sinisio, que cumple con saña las órdenes persecutorias de Domiciano. Hállabase el obispo toledano en el lugar de Deuil, a cuatro millas de París, cuando le aprehenden los perseguidores. A los requerimientos de éstos hace profesión de su fe cristiana, siendo por ello decapitado y su cuerpo arrojado al vecino lago Marchais para evitar así la veneración de los cristianos.

(6) Pueden leerse algunas de estas pintorescas noticias en FLAVII LUCHI DEXTRI, *Omnimoda e historiae quae exstant fragmenta cum Chronico M. MAXIMI et HELECAE ac S. BRAULIONIS...*, notis RUDERICI CARI, baetici, illustrata. Sevilla, 1627. Conf. GODOY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid. — RIVERA RECIO, J. F., *Baltasar Porreño (1569-1639), historiador de los Arzobispos de Toledo*, en BRAT, XXIV (1946) 105-144.

(7) *Notum est plebi universae hanc sedem (toletanam) sanctis doctrinis ab ipso exordio fidei claruisse.*

Pasado mucho tiempo, después de la paz de la iglesia, un potentado de aquellos contornos llamado Ercoldo, hallándose



Arca del cuerpo de San Eugenio (s. XVI).

sio le promete la salud si extrae del fondo del lago el cuerpo de San Eugenio. Rápidamente Ercoldo marcha al lago y consigue el cuerpo, providencialmente conservado fresco e intacto. Decide trasladarle a la iglesia del vecino monasterio de San Dionisio, pero las pezuñas de los bueyes que habían de arrastrar la carreta con los restos venerables, quedaron clavadas al suelo, incapaces de adelantar un solo paso, lo que se interpretó como voluntad del cielo el que en aquel mismo lugar se le edificara una capilla, que fué pronto objeto de gran veneración por los milagros allí realizados por la intercesión de San Eugenio (8).

Trasladado luego el cuerpo en el s. X al monasterio de San Dionisio, allí lo encontró el Arzobispo toledano Don Raimundo en 1148, y de allá se trasladó a Toledo en el 1569.

Con este arzobispo comienza el catálogo epigráfico colocado en la puerta de la Sacristía [35], y el iconográfico de la Sala Capitulare [29], trabajados respectivamente en los siglos XV y XVI. Francisco Bayeu ha reproducido en los frescos del Claustro, con gusto académico, las escenas de la «passio» y traslación de San Eugenio, cuyos restos constituyen una de las más veneradas reliquias catedralicias.

Sin descender ahora al análisis de la personalidad de San Eugenio I, que no juzgamos de este lugar (9), lo cierto es que en los mencionados catálogos se abre un gran paréntesis que no queda cerrado hasta fines del s. III. Anotando sólo de pasada la discusión sobre las hipóteticas catacumbas toledanas (10), justo es detenerse en la virgen y mártir Santa Leocadia, cuyo nombre —leukadia— de claro perfil helénico, rememora conceptos de blancura y tal vez alusiones a las colonias griegas mediterráneas de España. Según la «passio» a que antes se hizo mención, redac-

(8) El texto de la *Passio sancti Eugenii* puede verse en SURIO, *Vita sanctorum*, VII, 851. DAVIN, V., *Annales de philosophie chrétienne*, 5.^a serie X (1864), 370-78; LA FUENTE, V., *Historia eclesiástica de España*, Madrid, 1873, t. I, 303-14; *Analecta Bollandiana*, v. II, 131-38, y III, 58-64. Estudios bibliográficos sobre él son: BEUPRÉ, B. DE, *Vie et culte de s. Eugène, archevêque de Tolède, martyr et confesseur au 3 siècles...*, Paris, 1856; RAZY, E., *Histoire de Saint Eugène et de son époque*, Paris, 1859; TESSIER, E., curé de Devil, *Saint Eugène. Le culte de ses reliques à travers les siècles*, Paris; LA FUENTE, V., o. c., 80-83; PP. BOLLANDISTAE, *Martyrologium romanum*, Bruselas, 1940, p. 523.

(9) Este interesante problema hagiográfico, discutido ampliamente, es el objeto de nuestro estudio *San Eugenio I, Arzobispo de Toledo. Actas, historia, culto y arte*.

(10) MORALES ESTEBAN, S., «Existieron catacumbas en Toledo?», en el *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo*, I (1900), n. 1.; BOLDETTI, *Osservazioni sopra i cimiteri...*, Roma, 1720, pág. 638.

tada probablemente en el s. VI o VII (11), tratase de una mártir incruenta —*martyr et confessor*— de principios del s. IV, víctima de la persecución de Diocleciano y de la ferocidad del prefecto Daciano. Este, comenzando por las Galias, penetró luego en España para poner en ejecución los decretos imperiales de exterminio de los cristianos. En sangriento itinerario recorre el prefecto las ciudades de Zaragoza, Alcalá, Toledo, Eborá, Avila y Mérida. De la misma manera que en todos los lugares dejó huellas sangrientas de su paso, también en Toledo, donde hizo acudir a su tribunal a la noble Leocadia, joven «dedicada al Señor» por la oración continua. Interrogada por su religión, que confiesa ser la cristiana, niégase a apostatar de ella, adoptando un continente viril frente a las mayores amenazas.

Enfurecido Daciano por tal conducta, manda que sea atada con fuertes ligaduras y encerrada en la cárcel, lugar situado por la tradición junto al Puente de Alcántara. Allí, de rodillas, entregó su alma a Dios el 9 de Diciembre del 304.

Enterrada en el pomerio toledano, su sepulcro fué, en la era de la paz y hasta el día de hoy, uno de los más preclaros puntos del cristianismo en la ciudad.

Trasladada ante el peligro mahometano, a mediados del s. VIII, al heroico reino de Asturias, un peregrino de Santiago de Compostela, al parecer Balduino II (1071-1098), Conde de Hainaut, logró, hacia fines del s. XI, obtener tan venerables reliquias, que llevó consigo a sus dominios, depositándolas en la abadía de Saint Ghislen. De aquí llegó el 1500 a la Catedral la primera reliquia de la santa por donación de Doña Juana la Loca, y en el 1587, todo el resto del cuerpo, gracias a la imposición real de Felipe II (12).

Ambas reliquias se encuentran en la Catedral (13).

Documentalmente el episcopologio toledano continuado comienza con el prelado Melancio —nombre también, como el de Leocadia, de estructura griega—. De éste sabemos que asistió, juntamente con otros dieciocho obispos, al Concilio cele-

(11) La *Passio Sanctae Leocadie* puede verse en SURIO. *De probatis sanctorum historiis*, Colonia, 1570-75, vol. VI, ES., VI (Madrid, 1773), 318-23; DE LA FUENTE, V., o. c., p. 335. Sobre el valor de sus noticias conf. QUENTIN, o. c.; DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs*, Bruselas, 1933, p. 325-369; *Martyrologium hieronymianum*, de la citada edición de los Bollandistas, en el comentario al 9 de Diciembre.

(12) PARRO, o. c. I, p. 609-14.

(13) APÉNDICE I, Inventario, n.

brado en Elvira (14) el 15 de Mayo del 300, ocupando su designación —*Melanlius episcopus toletanus*— el lugar décimo tercero. Tal indicación nos induce a pensar que si, como ordinariamente se acostumbraba en análogas ocasiones, era el orden de antigüedad en el episcopado el criterio seguido de precedencia, Melancio debió ser consagrado obispo de Toledo en el último decenio del s. III. Dichos cálculos coinciden con el promedio de vida de sus sucesores, pues sabemos que el noveno Asturio vivía en el año 400.

Los otros prelados toledanos, sus sucesores inmediatos: Pelagio, Patruino, Toribio, Quinto, Vicente, Paulato, Natalio y Audencio, ocupan todo el s. IV, sin que fuera de sus nombres sepamos ninguna noticia de su biografía y actividad (15).

Es preciso llegar hasta el mencionado año 400 (16), para tener noticia cierta, aunque imprecisa, de la existencia de un templo en Toledo, donde tuvo lugar el primero de sus famosos Concilios. En él se reunieron diecinueve prelados españoles para atajar y zanjar la herejía priscilianista. Entre las suscripciones ocupa el undécimo lugar la del toledano Asturius. Pero nada sabemos ni de la localización de este templo, seguramente construido en la forma basilical paleocristiana, ni si tiene alguna relación con la actual Catedral.

A los pocos años de la celebración de este primer Concilio, tiene lugar en España la irrupción de los diversos pueblos bárbaros, que acaban con la antigüedad, dando paso a una nueva edad.

(14) Las actas del Concilio de Elvira pueden verse en MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, Florencia y Venecia, 1759-98, II, 5, 37-396; LA FUENTE, o. e., I, 345-353. Sobre su fecha DUCHESNE, en *Mélanges Rénier* (Paris, 1887), p. 159-74; HEPELE, *Conciliengeschichte*, Friburgo, 1873, I, 148.

(15) ES. VII, p. 213-26.

(16) Las actas pueden verse, p. e., en LA FUENTE, o. e., I, 388-399. La trascendental importancia de su fórmula de fe, críticamente editada, y las discusiones surgidas en torno a esta reunión sinodal se encuentran en J. A. DE ALDAMA, *El Símbolo toledano I. Su texto, su origen, su posición en la historia de los símbolos*. Roma, 1934.

II

Con la sucesiva aportación de los tiempos, fueron llegando a la Catedral vestigios de las más grandes figuras de la Cristiandad que, con la categoría de reliquias, formaron el *sacrarium* toledano, que ha dado advocación a la Patrona de la Ciudad y constituye una de las más venerandas estancias catedralicias [39]. Sólo para contener tan inestimable tesoro, formado por el recuerdo del Señor y de sus Santos, erigióse en el s. XVII una suntuosa dependencia, de forma octogonal, que por ello tomó el nombre de *El Ocharvo*. Entre mármoles y bronces se abren siete arcosolios, divididos en compartimientos, y en ellos ciento veintiséis relicarios guardan restos de los grandes personajes del mundo cristiano que, como en la visión del Apocalipsis, proceden de toda raza y lugar, y, a manera de una letanía vivida, glosan la santidad católica de todos los tiempos.

No nos hemos propuesto indagar la autenticidad de tales reliquias, trabajo hartamente enojoso, y, a veces, expuesto al fracaso, pues a lo sumo cada uno de los restos trae el testimonio del lugar donde últimamente se encontró. Si hubiera sido nuestro deseo situar cronológicamente, en diversas listas, las de cada individuo; ésto nos hubiera demostrado cómo cada página de la historia de la Iglesia, con sus vicisitudes y grandezas, estaba presente en la Catedral Primada. Pero ni aún ésto nos ha sido hacedero, pues el laconismo de los inventarios, no nos permite distinguir entre santos homónimos, ni, por otra parte, la hagiografía ha logrado averiguar la verdad de muchas atribuciones del pasado.

En vista de ello, dividiremos las reliquias en tres grupos: a) personajes anteriores a Cristo; b) reliquias del Salvador y de su Santísima Madre; c) reliquias de los Santos de los seis primeros siglos cristianos (17).

(17) Como nuestra finalidad no es otra que la de ordenar cuanto en la Catedral se contiene y orientar con noticias y bibliografías a los futuros investigadores, remitimos para la historia de cada reliquia a los volúmenes de la BIBLIOTHECA HAGIOGRAPHICA de los PP. Bollandistas, de Bruselas. En general, sobre ellas pueden consultarse el cap. IV del estudio de H. DELEHAYE, *Cinq leçons sur la méthode hagiographique*, Bruxelles, 1934, p. 75-116; *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'antiquité*, Bruxelles, 1927, p. 196-207; *Les légendes hagiographiques*, Bruxelles, 1927, p. 151-9.

Pertenecen al primer grupo las de Moisés (18), Santa Ana (19), San Zacarías (20), Santa Isabel (21) y San Juan Bautista (22).

Las más venerandas preseas del relicario son aquéllas relacionadas con el Salvador y con los sacrosantos misterios de su vida terrena, tanto en su nacimiento (23) como en sus vestiduras (24); pero sobre todo, las que, teñidas con su sangre redentora, fueron el precio de nuestro rescate (25) e instrumento de su pasión, como la columna de la flagelación (26), la corona de espinas (27), el Calvario (28), la Cruz (29), el Sepulcro (30) y otras varias (31). Juntamente con las de Jesucristo, las de su beatísima Madre, la Virgen María (31a), y las de los Apóstoles y Evangelistas: San Pedro (32), San Pablo (33), San Andrés (34), Santiago el Mayor (35), San Juan Evangelista (36), Santiago el Menor (37), San Felipe (38), San Bartolomé (39), San Bernabé (40), Santo Tomás (41), San Mateo (42), San Simón y San Judas (43), San Matías (44) y San Lucas (45).

-
- (18) APÉNDICE I, n. 47.
 (19) > I, n. 21, 38, 44, 114.
 (20) > I, n. 81.
 (21) > I, n. 27.
 (22) > I, n. 10, 44.
 (23) > I, n. 47, 10.
 (24) > I, n. 10, 114. Conf. GUERIN, L.-F., *La sainte Robe de Notre Seigneur Jésus-Christ*, Paris, 1884; JACQUEMOT, A., *La Tunique sans couture de N. S. J.-C.*, Lille, 1894.
 (25) APÉNDICE I, n. 67.
 (26) > I, n. 83.
 (27) > I, n. 9, 77, 88, 119. Conf. GOSSELIN, *Notice historique et critique sur la sainte couronne d'épines de N. S. J. C.*, Paris, 1828.
 (28) APÉNDICE I, n. 8.
 (29) > I, n. 2, 6, 7, 33, 44, 48, 55, 67, 119, 127.
 (30) > I, n. 10, 83.
 (31) > I, 60, 66, 71, 81.
 (31 a) > I, n. 11, 12, 44, 51, 60, 67, 81, 114, 133.
 (32) > I, n. 14, 44, 60, 112, 126.
 (33) > I, n. 14, 112.
 (34) > I, n. 15, 81, 103.
 (35) > I, n. 77, 95, 137.
 (36) > I, n. 21, 32.
 (37) > I, n. 16.
 (38) > I, n. 32, 77.
 (39) > I, n. 17, 44, 60, 81, 99.
 (40) > I, n. 32.
 (41) > I, n. 77.
 (42) > I, n. 77.
 (43) > I, n. 77.
 (44) > I, n. 77.
 (45) > I, n. 83.

El último grupo se integra alfabéticamente por los siguientes titulares, correspondientes a los seis primeros siglos de la cristiandad:

Acacio y compañeros (46).	Celso (65).
Agueda (47).	Claro (66).
Agustín (48).	Cleto (67).
Alejandro (49).	Cosme (68).
Alejo (50).	Cristeta (69).
Ambrosio (51).	Cristóbal (70).
Anastasio (52).	Cucufate (71).
Antonio (53).	
Aquimano (54).	Damián (72).
Aurelia (55).	Daríá (73).
	Demetrio (74).
Bárbara (56).	Dionisio (75).
Basilisa (57).	Dióscoro (76).
Benito (58).	Dorotea (77).
Blas (59).	
Bonifacio (60).	Elena (78).
	Esteban (79).
Calixto (61).	Eufemia (80).
Cándida (62).	Eugenio (81).
Catalina (63).	Eulalia (82).
Cayo (64).	Eutiquio (83).

(46) APÉNDICE I, n. 134.

(47) » I, n. 85.

(48) » I, n. 21, 84, 135.

(49) » I, n. 45.

(50) » I, n. 25, 44, 81,

(51) » I, n. 21.

(52) » I, n. 83.

(53) » I, n. 8, 34, 21, 47.

(54) » I, n. 81, 99.

(55) » I, n. 102.

(56) » I, n. 21, 38, 44, 85,

(57) » I, n. 26.

(58) » I, n. 88.

(59) » I, n. 33, 35, 80.

(60) » I, n. 25, 44, 127.

(61) » I, n. 47.

(62) » I, n. 20.

(63) » I, n. 21, 47, 56, 85.

(64) » I, n. 31.

(65) APÉNDICE I, n. 104.

(66) » I, n. 127.

(67) » I, n. 84.

(68) » I, n. 26, 44.

(69) » I, n. 87.

(70) » I, n. 44, 80.

(71) » I, n. 38.

(72) » I, Conf. Cosme.

(73) » I, n. 81.

(74) » I, n. 38.

(75) » I, n. 44, 31, 108.

(76) » I, n. 80.

(77) » I, n. 90.

(78) » I, n. 2, 67.

(79) » I, n. 8, 18, 38, 44, 84.

(80) » I, n. 63.

(81) » I, n. 3, 28, 29, 30, 31, 44.

(82) » I, n. 38.

(83) » I, n. 136.

Exuperancia (84).	Inocentes (104).
	Ireneo (105).
Fabián (85).	
Fabiniانو (86).	Jorge (106).
Felicitas (87).	Jucundo (107).
Félix (88).	Julián (108).
Florián (89).	Julián (109).
Fontanas, Mártires de (90).	Justo (110).
Gabino (91).	Leocadia (111).
Gamaliel (92).	Leonardo (112).
Genoveva (93).	Liberato (113).
Gereón (94).	Lorenzo (114).
Germán (95).	Lucía (115).
Germán de Mérida (96).	Lucina (116).
Ginés (97).	
Grato (98).	Magno (117).
	Máximo (118).
Hipólito (99).	Marcelo (119).
Honorato (100).	Marco (120).
Huberto (101).	María Egipciaca (121).
	María Magdalena (122).
Ignacio (102).	Marina (123).
Inés (103).	

(84) APÉNDICE I, n. 136.	(104) APÉNDICE I, n. 80.
(85) > I, n. 61, 81.	(105) > I, n. 44.
(86) > I, n. 93.	(106) < I, n. 8, 21.
(87) > I, n. 103.	(107) > I, n. 127.
(88) > I, n. 27, 44, 125.	(108) > I, n. 9.
(89) > I, n. 78.	(109) > I, n. 8, 26.
(90) > I, n. 81.	(110) > I, n. 44.
(91) > I, n. 81.	(111) > I, n. 4, 5, 59, 72, 75.
(92) > I, n. 26.	(112) > I, n. 44.
(93) > I, n. 38.	(113) > I, n. 127.
(94) > I, n. 78, 80.	(114) > I, n. 18, 38, 44, 83, 84.
(95) > I, n. 102.	(115) > I, n. 24, 83.
(96) < I, n. 39.	(116) > I, n. 47.
(97) > I, n. 81.	(117) > I, n. 116.
(98) > I, n. 127.	(118) > I, n. 94.
(99) > I, n. 21, 81.	(119) > I, n. 67, 104.
(100) > I, n. 127.	(120) > I, n. 27.
(101) > I, n. 81.	(121) > I, n. 43.
(102) > I, n. 83.	(122) > I, n. 21.
(103) > I, n. 85.	(123) > I, n. 44, 104.

Martín (124).	Sabina (144).
Martiniano (125).	Sebastián (145).
Mauricio (126).	Segundo de Avila (146).
Mauro (127).	Segundo (147).
Millán (128).	Sergio (148).
Nicolás (129).	Severo (149).
Olimpio (130).	Sixto (150).
Pacomio (131).	Sofía (151).
Pantaleón (132).	Teodoro (152).
Paulino (133).	Teodosio (153).
Pedro de Alejandría (134).	Tiburcio (154).
Petronila (135).	Trigeo (155).
Proceso (136).	Tripodio (156).
Procubio (137).	Urbano (157).
Prudencio (138).	Ursula y compañeras (158).
Quirino (139).	Valeriano (159).
Ródalo (140).	Vicente (160).
Rogato (141).	Víctor (161).
Román (142).	Victoria (162).
Rufino (143).	Zenón (163).

(124) APÉNDICE I, n. 66, 93, 103.

(125)	>	I, n. 22.
(126)	>	I, n. 36, 45.
(127)	>	I, n. 103.
(128)	>	I, n. 39.
(129)	>	I, n. 38.
(130)	>	I, n. 102.
(131)	>	I, n. 80.
(132)	>	I, n. 85.
(133)	>	I, n. 80.
(134)	>	I, n. 20.
(135)	>	I, n. 40.
(136)	>	I, n. 22.
(137)	>	I, n. 102.
(138)	>	I, n. 27.
(139)	>	I, n. 26, 44, 48.
(140)	>	I, n. 79.
(141)	>	I, n. 79.
(142)	>	I, n. 66.
(143)	>	I, n. 67.

(144) APÉNDICE I, n. 79, 87, 117.

(145)	>	I, n. 61, 84, 93.
(146)	>	I, n. 80.
(147)	>	I, n. 80.
(148)	>	I, n. 104.
(149)	>	I, n. 31.
(150)	>	I, n. 19, 67.
(151)	>	I, n. 90.
(152)	>	I, n. 67.
(153)	>	I, n. 81.
(154)	>	I, n. 81, 104, 136.
(155)	>	I, n. 43.
(156)	>	I, n. 27.
(157)	>	I, n. 66.
(158)	>	I, n. 40, 45, 62, 65, 78, 79, 80, 98, 100, 109.
(159)	>	I, n. 81.
(160)	>	I, n. 39, 44, 83, 85.
(161)	>	I, n. 81.
(162)	>	I, n. 40.
(163)	>	I, n. 68, 83.



Vista general de la Biblioteca Capitular

Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha

III

Otro de los restos de la antigüedad acogidos al recinto de la Catedral de Toledo, está formado por la presencia en ella de los textos de su cultura —pagana y cristiana—, transmitidos en los manuscritos de la Biblioteca Capitular. En épocas sucesivas fueron alienándose, en los estantes del amplio local borbónico, estos vehículos del saber, escritos entre los siglos VIII y XVIII. Son varios miles los que integran el caudal de los fondos bibliográficos allí conservados, a pesar de hallarse todavía ausentes de su lugar algunos centenares, depositados desde el 1869 en la Biblioteca Nacional.

Sin pretender la elaboración de un catálogo (164), sino simplemente un índice de la cultura manuscrita aquí acumulada, por el interés que para la reconstrucción del texto primitivo pueden representar, reseñamos los nombres de los autores y las firmas de sus obras, porque, además de ser exponente de la sabia antigüedad todavía viva, pueda servir de orientación a los muchos investigadores, a quienes en todo el mundo atrae el tesoro bibliográfico de la Catedral Primada.

Entre los autores griegos o helenistas, se encuentran escritos de Esopo (165), Eurípides (166), Tucídides (167), Hipócrates (168), Diógenes (169), Jenofonte (170), Aristóteles, magníficamente representado (171), el alejandrino Herón (172), Apolonio alejandrino, el

(164) Existe un catálogo mns. en dos volúmenes, escrito en 1808, redactado, al parecer, por el P. Burrel; posteriormente OCTAVIO DE TOLEDO, J. M.³, en su *Catálogo de la Librería del Cabildo toledano, I.ª parte Manuscritos*, Madrid, 1903, hizo el estudio de quinientos sesenta y cinco manuscritos, algo más de la cuarta parte de cuantos integran la Biblioteca. Parcialmente, han sido estudiados del valor de la ciencia antigua traducida al latín, por MILLÁS VALLICROSA, J. M.³, *Las traducciones orientales en los mns. de la Biblioteca de la Catedral de Toledo*, Madrid, 1942.

(165) Ms. 10-28.

(166) > 102-33.

(167) > 49-21.

(168) > 97-25.

(169) > 101-13.

(170) > 13-15.

(171) > 94-9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 17-14, 47-11, 9-4, 98-28, 47-10, 47-15.

(172) > 96-34.

rodio (173), Plutarco (174), Flavio Josefo (175), Claudio Ptolemeo (176) y Filostrato (177).

Junto a la sapiencia helénica, la ciencia y literatura romanas desde los más remotos tiempos y en todas sus manifestaciones, encontraron aquí amorosa acogida que testimonian las obras manuscritas de Plauto (178), Terencio (179), Cicerón (180), Salustio Crispo (181), Cornelio Nepote (182), Virgilio (183), Julio César (184), Quintiliano (185), Tito Livio (186), Séneca, viejo (187) y joven (188), Plinio (189), Léntulo (190), Juvenal (191), Cornelio Tácito (192), Suetonio (193), Lucano (194), Marcial (195), Ovidio (196), Curcio Rufo (197), Lucrecio (198), Claudiano (199), Ausonio (200), Avieno (201), Donato (202) y Prisciano (203).

Lógicamente ha de estar con más amplitud representada en la Biblioteca de una institución eclesiástica, como es la Capitular de Toledo, la ciencia sagrada de los escritores cristianos de los primeros siglos. Prescindiendo de los códices bíblicos (204), que

- (173) Ms. 102-34.
- (174) » 51-4, 51-5.
- (175) » 51-15.
- (176) » 98-14, 98-15, 98-18.
- (177) » 101-13.
- (178) » 101-40, 101-41, 101-42, 101-43.
- (179) » 101-34, 101-35.
- (180) » 13-12, 47-15, 100-10, 11, 12, 13, 17, 18, 20, 21, 22, 23, 24 y 27.
- (181) » 49-22.
- (182) » 49-16, 102-36.
- (183) » 102-2, 3 y 4.
- (184) » 49-4.
- (185) » 100-8.
- (186) » 49-19, 51-1 y 2.
- (187) » 101-30.
- (188) » 9-19, 10-18, 12-22, 100-28 y 29.
- (189) » 100-33, 49-22.
- (190) » 9-16.
- (191) » 101-20, 21, 23, 24 y 25.
- (192) » 49-2.
- (193) » 49-11, 12, 13 y 14.
- (194) » 101-32.
- (195) » 101-26.
- (196) » 102-5, 6, 9, 10, 11, 13, 14 y 15.
- (197) » 49-8 y 9.
- (198) » 104-10, 11, y 12.
- (199) » 102-17 y 18.
- (200) » 102-17.
- (201) » 13-15.
- (202) » 99-30, 94-22.
- (203) » 94-22, 99-30, 31, 32 y 33.

(204) Los códices bíblicos colocados en los estantes 1, 2 y 3 se encuentran reseñados en el Catálogo de OCTAVIO DE TOLEDO desde la pág. 46 a la 55, núms. 124-146.

existen en abundancia y de todos tamaños y graffias, los primeros escritores, de quienes se conservan obras, son los africanos Orígenes (205) y Cipriano (206).

Siguen luego Osio (207), Eusebio de Cesarea (208), San Efrén (209), San Atanasio (210), San Cirilo de Jerusalem (211), Lactancio (212), Metodio de Olimpo (213), San Basilio (214), San Juan Crisóstomo (215), San Ambrosio (216), San Gregorio de Elvira (217), San Jerónimo (218), Juvenco (219) y Sulpicio Severo (220).

El siglo V ha aportado también gran cantidad de escritos elaborados en sus años, como los de San Agustín (221), San Paulino de Nola (222), Baquiaro (223), San Cirilo alejandrino (224), Orosio (225), Idacio (226), San León Magno (227), Sedulio (228), Boecio (229) y Santo Toribio de Astorga (230).

Sigüentes, por fin, los del Pseudo Dionisio aeropagita (231), Fulgencio de Ruspe (232) y, para catalogarle también entre los autores cristianos, los de Justiniano (233).

La simple enumeración de los escritores catalogados demues-

-
- (205) Ms. 7-22; 9-8.
 (206) » 38-26; 9-18.
 (207) » 27-26.
 (208) » 27-2, 3, 4.
 (209) » 9-14.
 (210) » 10-27; 15-6.
 (211) » 9-28.
 (212) » 13-19.
 (213) » 38-25.
 (214) » 9-14; 31-32.
 (215) » 9-15, 16, 17; 13-3.
 (216) » 9-1, 2, 3, 4; 11-20.
 (217) » 27-26.
 (218) » 9-31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39; 10-26, 27; 11-16, 17, 18, 19; 17-17; 39-7.
 (219) » 14-22.
 (220) » 33-2.
 (221) » 7-22; 9-31; 10-28; 11-20; 13-1, 20; 14-2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 21; 15-1, 3, 4; 34-45; 47-15.
 (222) » 10-28.
 (223) » 9-31.
 (224) » 14-26.
 (225) » 27-6.
 (226) » 27-26.
 (227) » 9-22.
 (228) » 14-23.
 (229) » 13-3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12; 47-15; 94-11; 98-28; 100-7.
 (230) » 27-24.
 (231) » 13-2.
 (232) » 44-10.
 (233) » 32-1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17; 36-12; 41-1.

tra que Aristóteles y Cicerón, entre los paganos, y San Agustín, San Jerónimo, Boecio y Justiniano, entre los cristianos, son los autores cuyas obras gozan de preferencia por su abundancia y calidad entre las que en la Biblioteca Capitular han transmitido la ciencia antigua.

De esta forma, en la Catedral de Toledo, cuyos orígenes cristianos creemos se remontan al siglo III, han venido a encontrar refugio digno restos de la más venerable antigüedad, tanto del mundo clásico grecorromano como de los más excelsos personajes de la Iglesia naciente.

Juan Francisco Rivera,

Académica Numeraria